

Presos detrás de las rejas horizontales de la tipografía, los personajes de Celestino Gorostiza viven impacientes, febriles, pidiendo los actores que vengan a encarnar, una vez más, sus particulares destinos, su voluntad de poder o de ruina, su pasión o su indiferencia, su mediocridad o su heroísmo.—XAVIER VILLARRUTIA. México, 1935.

LA CHARCA, por *Carlos Elías Villanueva*, Caracas, 1930.

Como en casi todos los países de Sud América, la literatura venezolana se ha desarrollado en dos distintas corrientes novelescas: la novela del campo y la novela de la vida ciudadana. Y es lógico explicarse la razón de estas predilecciones. En la mayoría de las repúblicas sudamericanas, las ciudades permanecen aisladas de los centros de producción agrícola, de las llanuras, de las cordilleras. Una línea férrea o un camino no es suficiente razón para que los campesinos adquieran características sociales o que los ciudadanos conozcan la idiosincrasia del campesino.

En Argentina y el Uruguay, los países que, hasta el momento, tienen un mayor grado de progreso material en Sud América, se ha producido el caso curioso de novelas en que está unida la vida urbana a la vida rural. No hace muchos citaba a Montiel Ballesteros y su novela «La Raza». Hoy podría agregarse «El paisano Aguilar», de Enrique Amorín.

En los demás países sudamericanos, el caso no se ha presentado aún. Continúan, extrañamente separadas la clase urbana y la clase campesina. Casi no se comprenden y las luchas sociales provienen, en el fondo, de esa misma causa. El campo, más conservador, permanece adherido a su tradición religiosa y la ciudad, mediante el influjo de la educación, es más desprejuiciada y libertaria. El estudio del entremezclamiento de ambos estados sociales sería un bello tema novelesco.

En Venezuela son numerosos los escritores que han estudiado la vida de las ciudades y los fenómenos sociales, resultado de la evolución de una cultura que, poco a poco, va arrojando sus

prejuicios de casta. Bastaría citar el caso ilustre de Blanco Fombona, de Díaz Rodríguez y de Carlos Elías Villanueva, el autor de esta novela, para justificar mi aseveración. Sin embargo, algunos autores como Pocaterra, Pedro Sotillo y Rómulo Gallegos han ido a recoger al llano, a las cordilleras, a los lagos, los temas de sus cuentos y novelas.

En «La Charca» pinta Elías Villanueva el estancamiento del progreso psíquico de Venezuela. Como su título lo dice, es una charca, una ciénaga donde fermentan todas las pasiones y las intrigas en lenta putrefacción, sin que el sol llegue a purificarla, tal es el denso envenenamiento de su oscura entraña.

Esta charca palúdica vegeta en las cercanías del pueblo de Palmenar. Sus emanaciones han ido envenenando paulatinamente el alma de las gentes que ahí viven, agarrotadas por los prejuicios y el rigorismo tiránico de una clase privilegiada de terratenientes coloniales. Y sin embargo, dice el autor: «Por frente a ese pueblo, desviando el camino, pasan la riqueza y la abundancia».

No hay que meditar mucho para suponer que «La Charca» es un libro de tesis. Don Carlos Elías Villanueva manifiéstase enemigo del caciquismo político. Contra él se dirigen todas las saetas de su estilo combativo, todo el mundo heterogéneo de personajes que ha creado con ese objeto y que viven y luchan en su libro.

«La Charca», desde cierto punto de vista, es un documento histórico. Don Pedro Gómez Correa, que lo ha comentado en Colombia, dice lo que sigue: «En ella se observa que el tiempo escogido para la presentación es sólo un pretexto, porque puede referirse lo mismo a los tiempos del gobierno de Andueza que a cualesquiera otros en que hayan aduladores y ambiciosos suficientemente vivos para hallar la manera de estar bien con el Gobierno imperante y preparar mejores posiciones con el que pretenda derrocarlo, aprovechándose del saqueo y la violencia para engordar la bolsa propia».

Y agrega en seguida:

«En esto tenemos nosotros muchos puntos de contacto con Venezuela (se refiere a Colombia), sólo que debemos darnos por bien servidos con el hecho de que la última de nuestras contiendas civiles, con su inutilidad, su mercantilismo y sus crueldades, nos hubiera enseñado que el sistema de matar hermanos no es el camino para la implantación de los ideales».

El libro se resiente, como es lógico, de este partis-pris político y social del autor. Su símbolo lo lleva por caminos que, artísticamente, son inaceptables. Los caracteres no han sido tratados a fondo y más bien están hechos de rápidos toques. Se mueven, es cierto, pululan y vociferan, intrigan y se matan, pero el autor no les ha dado el soplo definitivo de creación, el soplo divino, el que convirtió, permítaseme el símbolo, las pajaritas de barro de los niños judíos en aladasavecillavocingleras, al contacto de los dedos de Cristo. En una palabra, no hay emoción artística. «La Charca» es un latigazo maestro, pero está más cerca del panfleto que de la novela.

Le basta demostrar al autor, con enérgico colorido, que en pueblos como el de Palmenar, sujetos a la dominación de los Carmona, de los Pozuelo y de los Bolaño, todo intento de civilización resulta inútil, puesto que están condenados al estancamiento y al paludismo, junto a La Charca del Conde que el protagonista, el Dr. Pedro Albaos, trata de cegar a toda costa.

El Dr. Pedro Albaos, después de haber sufrido la tragedia de su vida, con la muerte de su hijo y de Rosa Adela, su mujer, a quienes adoraba, regresa a Palmenar, su pueblo natal. Lo lleva un alto espíritu progresista. Quiere llenar su vida, en adelante, con obras de hidalgo altruísmo: fundar una escuela y un hospital, sanear la región, cegando la charca que origina el paludismo y es, para él, el símbolo del estancamiento moral de los espíritus, que nunca se seca y se agranda, al contrario, cada año.

No obstante, a pesar de la malquerencia que despierta en

los vecinos de Palmenar, se impone por su generosidad, por su alma bondadosa, por su honradez y, sobre todo, por su riqueza.

Derrama el dinero a manos llenas entre los necesitados, entre los limpios de alma y aun entre sus enemigos. Allí donde «el pobre que enfermaba sin tener para comprar la quinina y alimentarse bien, podía irse por sus propios pies al cementerio. Pero los caciques se encargan de cerrarle el dispensario y la escuela, sin dejar ver la mano».

El protagonista, doctor don Pedro Albaos, está vigorosamente estudiado. Es el hombre recto, especie de sacerdote social, que ayuda a la colectividad, a pesar de ella misma. Tiene su creación muchos puntos de contacto con la figura que Valle Inclán contrapone al tirano Banderas, en su famosa novela de la revolución mexicana, *al ameritado*, don Roque Cepeda, depositario de la rectitud y de la moral del antiguo México.

De este hombre justo, hermoso en su altitud moral, se enamora Angela, la ahijada de su hermana, que pasa por la tragedia lugareña con una aureola de poesías y de limpieza moral.

Es igualmente una figura interesante de la novela el padre Blas que, en balde, trata de armonizar las tendencias combativas de sus feligreses de Palmenar. No lo detiene el ímpetu homicida de esos hombres primitivos, en cuyas manos se funden los dineros públicos y se convierten en odios y suspicacias las cosas más puras. Y no sólo con los hombres. Las mujeres mismas están contaminadas de odio y de asechanza; y llevan a los hogares las pasiones de sus maridos y parientes.

El estilo de la novela no tiene novedad. No pretende el autor hacer estilo ni mucho menos acercarse a las escuelas modernistas. Es de buena cepa castellana. A ratos, gráfico y elocuente.

Bastaría, para demostrarlo, el ejemplo que sigue:

«Se enroscó nerviosamente el espeso y áspero bigote que le cubría la boca grande y sensual y entretuvo su mal humor cru-

zando a largos pasos el corredor delantero de la casa, hasta donde el sol del mediodía se entraba arbitrario y sofocante».

Hay en la novela una figura de exquisita ternura humana: es el episodio en que doña Bondad de Milagros, ante el terror de la revolución que acaba de estallar despide a los chicos de su escuela, a cada uno con un beso y un «hasta mañana», si Dios quiere».

El Dr. Albaos se marcha de la capital en compañía de la mujer que lo ama, renuncia al empeño de civilizar aquel pedazo de tierra, nido de víboras, cegando la Charca del Conde en cuyo fondo fermenta el virus que mata las almas y el organismo de aquellos hombres, condenados para siempre, en un infierno dantesco, antes de morir.—MARIANO LATORRE.

EL LIBRO DE LOS APÓLOGOS Y DE OTRAS COSAS ESPIRITUALES,
por *Santiago Argüello*.—Guatemala. C. A.

Patrocinadas por el Presidente de la República de Guatemala, han empezado a editarse en ese país las obras completas de don Santiago Argüello, escritor de tal nacionalidad. Ya han aparecido «*El Divino Platón*» en dos tomos, «*La Magia de Leonardo de Vinci*» y el libro cuyo título sirve de epígrafe a estas líneas y que ha llegado hasta la Redacción de «Atenea».

Según suponemos, don Santiago Argüello pertenece a la generación de escritores de Rubén Darío o a la inmediatamente posterior. Debemos confesar que lo conocíamos apenas de nombre. Tal vez, si mal no recordamos, cuando éramos estudiantes en un lejano liceo de provincia, hace ya quince o más años, en los libros de lectura de esa época, aparecían versos de este escritor. Es primera ocasión ahora la de tener un volumen suyo en nuestras manos.

A manera de prólogo vienen unas «frases explicativas»:

«En este libro hay toda la apariencia de una ligera miscelánea.